

Eleonora Mulvany (1947-2018)



Gentileza Alejandra Peñaloza

Por Mabel Mamani*

Conocí a Eleonora a partir de un cartel pegado en la puerta de su box donde invitaba a estudiantes a participar de su proyecto de investigación en el Valle de Lerma hace mucho tiempo, promediando los años 90. Cursaba el segundo año de la Carrera de Antropología de la Universidad Nacional de Salta (UNSa) y con ella hice mi primera “salida de campo”. Y de allí mi primer recuerdo también: Eleonora con su campera roja, para que no la perdiéramos de vista en la densa vegetación, anteojos de sol, su mochila azul llena de cosas: bolsas, bolsitas, cuaderno, planillas, lapiceras, cinta métrica, escala, marcadores, pizarra, GPS, brújula, protector solar, repelente, comida y sus cigarrillos, a demás de cámara fotográfica y sombrero. Conocí dolorosamente de garrapatas, piques y espinas. Todo esto sin saber que con esa mujer aprendería tanto y que con el tiempo forjaríamos una gran amistad.

Eleonora Mulvany obtuvo el título de Licenciada en Antropología, orientación Arqueología, de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en 1976. En realidad, su formación en dicha institución universitaria comienza en el Liceo “Víctor Mercante”, y de allí su sólida base científica, con conocimientos amplios y profundos de arte y literatura.

Llegó a Salta hacia inicios de la década de 1980 con un proyecto de vida familiar. Previamente había realizado un viaje de esos “iniciáticos” por el norte de Argentino que la cautivaron. Además, había trabajado en Santiago del Estero junto a la Dra. Ana Lorandi, en el valle de Hualfín con el Dr. Rex González y en El Alto-Ancasti (tierras catamarqueñas) como parte de sus tareas de becaria del CONICET, bajo la dirección del Dr. Augusto Cardich.

Alcanzó el post-título en Docencia Universitaria de la UNLP en 1982 y su carrera profesional en el Nivel Superior se nutrió de experiencias en aquella Casa de Estudios, pero

también en las Universidades Nacionales de Jujuy y de Catamarca. En Salta, luego de la vuelta a la democracia y con el re-ordenamiento de las carreras de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional, se convocaron concursos públicos y Eleonora, en sucesivas instancias, consolidó como su espacio de enseñanza materias como Prehistoria General y Americana, Métodos y Técnicas de la Investigación para Arqueología e Historia de América I (de momentos prehispánicos), dictadas para las carreras de Historia y Antropología.

Se apasionó por varios temas a lo largo de su vida académica, siendo uno de ellos la arqueología del valle de Lerma, que comenzó a caminarlo apenas llegada a Salta, al principio de manera independiente y luego como directora de proyectos acreditados por el Consejo de Investigación de la UNSa. Gran parte de sus trabajos se concentraron en Chivilme, un asentamiento incaico localizado en el departamento de Chicoana, a unos 42 km de la ciudad de Salta y emplazado en unas lomadas (Figura 1). No fue fácil su relevamiento planimétrico, realizado con cinta métrica y brújula allá por los 80, considerando la vegetación achaparrada y espinosa de la región. A lo largo de los años, varios sectores del valle fueron recorridos por Eleonora, junto a estudiantes y profesionales. Sólo voy a mencionar algunos: los “túmulos” de Finca San Manuel (departamento Rosario de Lerma), que la llevaron a indagar sobre su construcción y potencial funcionalidad, o las ocupaciones tardías en el sector húmedo del valle, como Arteaga en Finca Las Costas (departamento Capital).

Otro aspecto de sus intereses lo ocupó la flora y la iconografía andina. Rastreó las representaciones de plantas alucinógenas en esculturas, vasijas y tejidos de Chavín, Wari y Tiwanaku y propuso su vinculación con conocimientos especializados y ritualizados nutriéndose de aportes etnográficos, no sólo del mundo andino, sino también del amazónico. Luego, recaló en las flores y su uso por parte de cierto grupo de incas, generando interpretaciones que articularan lo simbólico y ritual. La organización del Estado Inca y el entramado que lo sostenía, la acercaron al campo de la etnohistoria y la búsqueda y lectura casi obsesiva de fuentes documentales.

* Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta (UNSa). Av. Bolivia 5150 (CP A4408FVY), Salta, Argentina. E-mail: mabelmamani@hotmail.com



Figura 1. Eleonora y Federico Viveros en Chivilme (departamento Chicoana, Salta) en 2005. Foto gentileza Federico Viveros.

También, en sus primeros años en Salta, se relaciona con el Museo de Antropología y participa como investigadora *ad hoc* en tareas de consultoría, rescate arqueológico y relevamiento de colecciones, como la de los hermanos Peyret, entre otras. Los dibujos los hacía ella misma, tanto para el registro como para las publicaciones. En los últimos años, había retomado el análisis de un sub-conjunto de “urnas” y escudillas Santamarianas provenientes del valle de Lerma de las que pensaba que permitirían diferenciar una modalidad con características locales. Unido a esto, constantemente reflexionaba sobre el sentido de la conservación patrimonial y su protección jurídica. Junto al arquitecto Roque Gómez, con quien la unía una entrañable amistad, realizaron un diagnóstico del impacto producido por tareas no autorizadas consumadas en un sector de Chivilme, que afectaron muros y otras evidencias del antiguo asentamiento.

Por varios años fue miembro del Comité Ejecutivo del Centro Promocional de las Investigaciones en Historia y Antropología (CEPIHA), Instituto de Investigación de la Facultad. Organizó desde este espacio y junto a varios colegas la Mesa Redonda: “Hallazgos Arqueológicos. Entre la Ciencia y la Identidad” en 1999. También formó parte del Comité Editorial de la Revista Andes, apoyando la publicación de artículos de investigaciones arqueológicas (Figura 2).

En el año 2006, fue galardonada con el Premio Konex, diploma al mérito por su trayectoria en el campo de la Arqueología y Antropología Cultural. Noticia que nos transmitió con el bajo perfil y reserva que la caracterizaban. Este premio significó un reconocimiento de trascendencia nacional y sabemos que la colmó de alegría, alegría que compartimos todos los que tuvimos la suerte de conocerla.

Las clases de Eleonora eran magistrales, tenía la capacidad de incorporar todas sus lecturas y conocimientos y nunca dejaba de vincularlos con el presente. Ponía a disposición su formación integral en las ciencias naturales y sociales, así como su gusto por las artes y su sensibilidad lectora. Realizó numerosas traducciones de textos ahora clásicos de la arqueología, que incorporó como bibliografía en sus materias. Heredamos, como equipo de Cátedra de Historia de América I, los viajes de estudio que incluían desde la visita al Mercado San Miguel de la ciudad, para observar productos regionales hasta los sitios arqueológicos y museos locales. Es decir, nos heredó el gen por conocer y estar en los lugares. También, a instancias de sus pedidos y su apoyo a los intercambios bibliográficos, se enriqueció la literatura orientada a la etnohistoria y arqueología americana de la Biblioteca de Humanidades.

Consecuente con su pensamiento, predicaba la ética profesional y el compromiso científico. Eleonora tenía una forma de pensar rizomática, que imprimía originalidad a su producción. Era crítica, reflexiva y sumamente creativa e intuitiva. Alimentaba e incentivaba un hábito de estudio y lectura permanente y actualizado. De carácter fuerte e indómito, imponía rigurosidad, respeto y al principio distancia, pero creo que era más bien pasión y concentración en lo que hacía y enseñaba. Su sentido del humor era particular, había que encontrarle la vuelta, pero sin dudarle, la recompensa era su sonrisa franca.

Los últimos años la tuvieron abocada a la recuperación de un accidente que afectó su movilidad. Con mucho esfuerzo, pudo volver a disfrutar y visitar a sus nietos que la esperaban ansiosos en el Viejo Mundo, compartir con sus amigos y colegas y reincorporarse a la enseñanza y la investigación, aunque a un ritmo más pausado.

Estas palabras fueron escritas con un gran y profundo cariño por ella, por “la Eleo”. Fue fundamental en mi formación, su aliento siempre estuvo presente, apoyando la presentación a una beca o un viaje, orientando el trabajo de campo, el análisis de los materiales, sugiriendo bibliografía o simplemente corrigiendo. Me abrió su casa para aprender, trabajar y pensar, sin reparos.

Éramos y somos muy diferentes con Eleonora, de orígenes e historias distantes, de ritmos, humores, y percepciones que no coincidían a veces. Quizás, por ella, o alguna herencia que mi memoria había olvidado, reconocí y reconocimos en las vasijas cerámicas un interés común. Varios son los instantes que vienen como flashes y que tienen a Eleonora como protagonista. El primero de ellos, nuestras manos tocando, acariciando, admirando unas vasijas del Museo de Antropología. Me enseñó con sus gestos que la manera de conocerlas profundamente era observar y palpar, buscar los detalles, reconocer el sentido de los trazos de alisamiento,

** A partir del 2014, el CEPIHA se incorpora al Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH) de doble dependencia UNSA-CONICET.



Figura 3- Homenaje a Eleonora por parte del CEPIHA (Facultad de Humanidades, UNSa) en 2014.

los colores usados, las huellas dejadas por las manos artesanas. Y su gusto por los dibujos que mencioné más arriba, no es un dato menor, pues allí, en esa reproducción atenta, es donde para ella se destacaban las particularidades y la personalidad, la vida de cada vasija.

Otro instante fecundo, es cuando también como estudiantes, nos llevó al taller de ceramista de Irene Meninato, su amiga y luego colega. Reconocimos arcillas, barbotinas, su mesada, sus herramientas, y el horno. Nos animamos a dejar que nuestras manos se hundieran en el barro, que volvieran a la tierra. En otra ocasión, la acompañé a relevar unas estructuras en Arteaga y de regreso nos detuvimos en la casa de Margarita, una vecina de la quebrada, para observar un muro antiguo detrás de su vivienda. De refilón, vio unas vasijas, de diferentes tamaños, boca abajo, al lado de la cocina. Margarita nos contó que las había hecho su mamá, una ollera, y que gente de la ciudad venía a buscar sus productos allá, por los años 50'. Aunque recordaba a su mamá trabajando la arcilla cuando niña, no llegó a aprender, y sólo sus retinas guardaban los lugares del barro y la pirca, los movimientos de los alisadores en el interior de las ollas, las piezas secándose en la galería, la "quemada" al mediodía de las jornadas invernales. Experiencias y conocimientos que su madre había heredado de las abuelas.

Finalmente, con esto entendí que la docencia es un arte, y que Eleonora era una artesana de la arqueología, pues además de leer, es fundamental lo que el cuerpo siente, comprende y conoce haciendo.

Querida Eleo, una gratitud enorme es lo que siente mi corazón por todo el tiempo, el compromiso y enseñanzas

compartidas, tu impronta y tu generosidad continuarán siendo mi compañía. Gracias por "echar raíces" en tierras norteñas, quisieron tus venerados cerros verdes quedar grabados en tus profundos ojos. Seguiremos entre churquis, piedras y tiestos, conversando, puliendo historias.

Agradecimientos

A Alejandra "Fochi" y Gonzalo Peñaloza por confiarme los papeles, notas de campo, bibliografía y libros de su madre, que saben son sumamente valiosos y serán cuidados como tesoros. Fochi compartió fotos de Eleonora, al igual que Federico Viveros. A Cecilia Castellanos por su aporte justo y oportuno. Están presentes en esta remembranza, numerosos colegas, compañeros y amigos que trabajaron con ella en diversas instancias, entre ellos Silvia, Rossana, Claudia, Federico "Ico", Tony, Nicolás, Christian, Mariana, Daniel, Cecilia, Mirta, José, Nelson, Verónica, Luigi y muchos más. Al Comité Editorial de la Revista Arqueología por invitarme a dedicarle estas palabras a Eleonora.

Salta, abril de 2019.

Algunas publicaciones de Eleonora Mulvany

Mulvany, E. (1984). Motivos fitomorfo de alucinógenos en Chavín. *Chungara. Revista de Arqueología*, 12, 57-80.

Mulvany, E. (1986). Nuevas evidencias de la ocupación incaica en el valle de Lerma. *Runa*, XVI, 59-84.

- Mulvany, E. (1994). Posibles fuentes de alucinógenos en Wari y Tiwanaku: cactus, flores y frutos. *Chungara*, 26 (2), 185-209.
- Mulvany, E. (1998). Reflexiones sobre el concepto territorio. En B. Cremonte (Comp.), *Los Desarrollos Locales y sus Territorios* (pp. 15-31). San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Mulvany, E. (2000-2002). Flores para los Incacuna, Haua Incas y Uaccha Incas. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 19, 441-458.
- Mulvany, E. (2002). El marco legal del Patrimonio Cultural en la Provincia de Salta. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, 18, 57-68.
- Mulvany, E. (2003). Control estatal y economías regionales. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, 20, 173-197.
- Mulvany, E. (2004). Motivos de flores en keros coloniales: imagen y significado. *Chungara*, 36(2), 407-419.
- Mulvany, E. (2005). La flor en el ciclo ritual incaico. *Boletín de Arqueología PUCP*, 9, 373-386.
- Mulvany, E. y Soria, S. (1998). Sitios y caminos incaicos en los bosques serranos de los Andes Meridionales. *Tawantinsuyu*, 5, 121-126.
- Rodríguez, J., Mulvany, E., Raffino, R., Berberían, E., Enderey, M. L., y Hernández Llosas, M. I. (1999). Conclusiones de la Mesa Redonda "Hallazgos arqueológicos: entre la Ciencia y la Identidad". *Andes*, 10, 245-248.